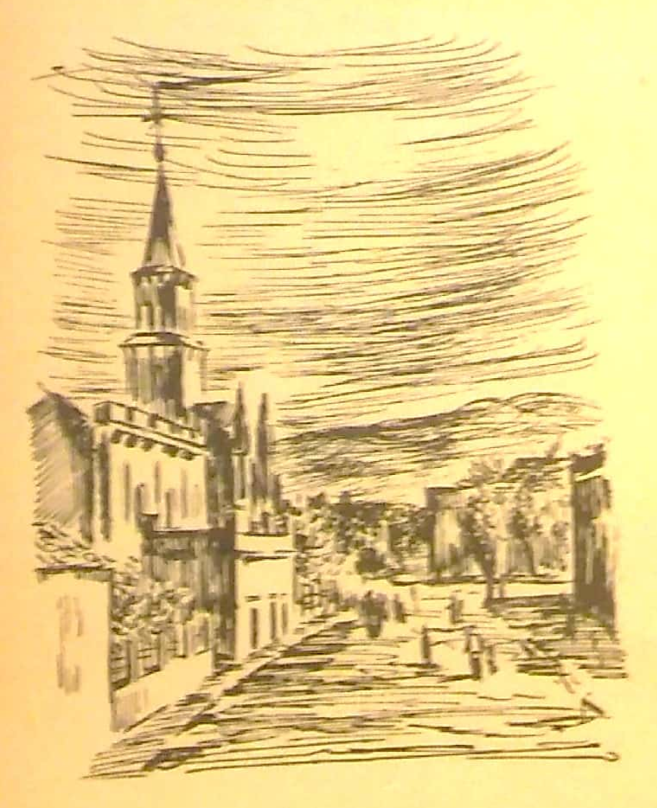
BALCON



SUMARIO

EL ACONTECIMIENTO MAS IMPORTANTE

El proceso de Nuremberg ha terminado. Mr. Truman ha dicho de él que constituye el acontecimiento más importante de la guerra, y tiene razón.

Por primera vez en la Europa moderna se pretende fundar en fórmulas jurídicas de derecho positivo la represión ejercida por el vencedor de una guerra contra los dirigentes del país vencido. Es necesario dominar las reacciones para tratar de ver claro en este formidable hecho nuevo.

Ya que de formulaciones jurídicas se trata forzoso es aventurarse en este orden de consideraciones.

De antiguo se conservaba tanto en el orden interno como en el internacional la distinción de delitos políticos y delitos comunes. Se daba por sentada la existencia en la lucha por el poder de situaciones fronterizas cuya calificación delictuosa era incierta.

Ahora, en el más arduo renglón de los delitos políticos, parece que la luz se ha hecho a raudales.

Pero ha de irse más allá. Los actos que nadie osó nunca calificar como delitos políticos se consideran crímenes de derecho internacional con certeza apodíctica. Tal la primera categoría de cargos de Nuremberg: "conspiración para librar guerras de agresión y violatorias de los tratados internacionales".

Si alterar la paz es delito imputable a los gobernantes, ello ha de obedecer a que el sistema de los tratados vigentes formaba un conjunto de reglas jurídicas capaz de sancionar los derechos de las naciones. Violación de un orden jurídico sólo es posible cuando el orden jurídico existe.

¿Constituían los pactos de la Liga, Locarno y Briand-Kellog un orden jurídico internacional apto para reconocer y sancionar los derechos de las naciones? Debe inferirse que el tribunal se pronuncia por la afirmativa.

Porque si el sistema de tratados vigentes no garantizaba ni la norma jurídica ni la autoridad de aplicación que habían de medir los derechos presentes y futuros de cada uno de los miembros de la comunidad internacional, es claro que estos habían de buscar el reconocimiento o la variación de su "statu" por medios distintos del derecho y ese medio, cruel pero inevitable, ha sido siempre la guerra.

Y la apelación a ese medio —con toda su obscura irracionalidad— no ha escandalizado nunca a la conciencia jurídica ni a la conciencia moral de Occidente. "El armazón militar es la cuna temporal donde pueden luego —pero solamente luego— reclinarse y crecer las costumbres y las leyes y las artes y la misma religión y la lengua y la raza... En definitiva, o mejor, en el origen y en todo tiempo es el soldado (y su enemigo, ese otro soldado) quien determina que se hable o no se hable francés aquí o allá" decía Péguy.

Enhorabuena que la conciencia jurídica se haya esforzado siempre por colmar su más terrible vacío, pero esfuerzos son una cosa y logros otra cosa muy distinta. Afirmar contra toda evidencia que el vacío se ha colmado, que existe la norma para medir lo que a cada estado corresponde y que quien recurre a la violencia despreciando la norma delinque, esto es lo absolutamente nuevo.

Pero aún en lo que podríamos llamar delitos políticos ¿es acaso la justicia de Nuremberg más coherente? La deportación de poblaciones, la destrucción injustificada de ciudades, el robo de obras de arte se juzgan y se condenan cuando han sido cometidos por los vencidos. ¿Pero acaso en tales delitos no han incurrido nunca los vencedores? Descontando la negativa mendaz ¿qué significaba aquella norma procesal del tribunal de Nuremberg —que recordaremos toda nuestra vida



CONFESIONES DE JOSE ANTONIO

Con el nombre del epígrafe ha escrito nuestro compatriota Dr. Enrique Pavón Pereyra un libro sobre José Antonio Primo de Rivera, de cuya calidad habla el hecho de haber sido elegido por el Instituto Político "Joséantoniano" de Madrid, para ser editado como homenaje a las faustas honras fúnebres en el décimo aniversario del Ausente. En un volumen de 733 páginas aparecerá en Madrid, en noviembre próximo, este libro, del que reproducimos el fragmento final que va a continuación:

Desprendimiento

No tengo reloj. Hay horas que no puede medirlas ningún reloj... He hecho mi testamento... ¿para qué? Me han condenado con costas, y lo que poseo, aún centuplicado, apenas alcanzará a pagarlas. He tenido el humor de replicarles: "¿tendré que hacerlas efectivas ahora mismo?".

Tañen las campanas de la torre de la Casa Consistorial. Van a ser las tres de la mañana. Pedí, hace un instante, hilo negro para coser las cuartillas donde he testado mi última voluntad, y que llamaran al notario para protocolizarla.

En la tarde de ayer inquirí por mis familiares. —"Todavía permanecen en el Reformatorio", me responden. Y como insistiera en despedirme de ellos se hizo presente en la celda el propio Director. —"Hasta tanto no llegue el cúmplase que el auditor de Guerra ha cursado al ministro —me interiorizó—, será imposible acceder a lo que solicita" (1).

Empero, esta mañana, debieron cambiar de parecer (¿habrán recibido la orden?) porque me comunicaron que todo estaba dispuesto para la entrevista. Un grupo de milicianos irrumpió en mi "capilla", escudriñándome con delectación para manifestarme luego:

—Sus hermanas acaban de llegar —no se atrevían al tuteo—; vienen a despedirle.

—Vamos —respondí a los guardias, incorporándome .

Recorrí con ellos la galería hasta toparme con un pequeño aposento. —"Aguardad un instante". En la semipenumbra, se desvanecía el luto de las que se acercaban, los pasos torpes, por la cuesta de las escalerillas. Ya estaban ante mí; casi me trastornaba el reconocimiento.

Había bordes de azogue en los ojos almendrados de Carmen. "¡Ay, barruntaba, si Pilar estuviera aquí conmigo, ocupando su lugar!; tal vez me hubiese faltado valor para llegar hasta el patio. Pero ante Carmen tengo el deber de mostrarme fuerte, resignadamente fuerte". Tía Má me pareció más viejecita que nunca; el pulso, sin embargo, no la traicionaba; se diría que estaba acostumbrada a tales trances y hecha para soportarlos a pie firme.

—¿Es que las trae usted porque me han denegado el indulto?, —le pregunté al Director de la prisión que las acompañaba (2).

—No —observó terciando el juez de la causa—; aun no ha llegado la confirmación de la sentencia.

Carmen intentaba musitar algo intraducible (¿es posible que hagan esto contigo?); pero su voz se quebraba en balbuceos y, como dando cauce a la emoción que la acongojaba rompió a llorar con desconsuelo. —"No llores, Carmen, decíala, todavía no están echadas las últimas cartas". Pero ella insistía en abrazarme. Me atribulaban sus lágrimas el corazón.

Presagio

La suerte de Fernando, que continuaba siendo un enigma, repercutía en mi sensibilidad dolorosamente. No era sólo intuición agorera; rumores habían llegado hasta mí, cargados de tragedia, y quería alejar el acíbar que infundía su media certidumbre.

—Tenemos razones para creerle a salvo en Sevilla —me respondieron unánimes.

—¡Oh! ¡se ha salvado entonces! ¡Yo sólo voy a morir! —exclamé casi con alegría. La buena nueva tenía la virtud de una pócima que contagiaba serenidad, confianza, valor a un mismo tiempo.

—Ya has cumplido como español; ahora te toca cumplir como cristiano —recordóme tía Má. Quizás ella lo adivinara: tocaba el cogollo mismo de la razón de ser de mi existencia: "mitad monjes, mitad soldados...".

—Tranquilizáos, tía mía, porque he cumplido con vuestras prevenciones. Ayer hice una buena confesión (3). Un anciano sacerdote, que está detenido también aquí, ha ayudado mi descargo (4), y hoy estoy lleno de paz. Por lo demás, desde que nos metieron en este proceso feroz me estaba preparando para la hora de la verdad. Todos los días he hecho oración y he rezado el rosario... no sé si en otra ocasión me encontraré mejor preparado (5). ¡Cuánto me envidiariais sabiendo lo bien cuidado que he estado últimamente! En vez del rancho vulgar de todos los días me han dado sopa de ajo con huevos y una carne estupenda...

Carmen, entre piadosa y tímida, ha tenido un postrer gesto. Me ha dado un crucifijo.

—Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la última hora...

Y temerosa de que sus palabras pudieran desanimarme, añadió sin esperanzas: —Te lo traigo por si acaso... (6).

(¡Por si acaso!... Ya hay sólo una milésima de probabilidades...).

Desamparada, en un rincón, Margot permanecía como abstraída, sin haber despegado los labios durante la entrevista. Yo tenía la impresión que le hacía un gran favor al no interrogarla.

—¿Volverán otra vez, si la sentencia no se cumple inmediatamente? ¿verdad señor Director?

—Desde luego —prometió el funcionario, aunque estaba seguro de que no volverían.

El tiempo feliz pasa pronto. Habían transcurrido veinte minutos de conversación dulcísima. Veinte minutos. Un segundo. El Director miró la hora advirtiéndonos que la comunicación debía concluir. Lo noté en la voz antes que en el pulso: aquel hombre temblaba ¡y no debía ser sólo por él! ¡Ah!; ¡y yo que denostaba su pundonor apenas unas horas antes! Se trataba de un funcionario que se limitaba a cumplir con su deber; en mi necedad negábame a encarar su situación de compromiso, y quizás un vago resquemor para quien, en realidad, no le quería mal.

—Señor Director, si algo malo he hecho, si he abusado de su paciencia, perdóneme. Reconozco que a menudo mis arranques de iracundia han podido más que la elemental consideración que le debo.

El hombre, por toda respuesta, adelantó su diestra estrechando la mía.

Ya no hay palabras. Los adioses son gemidos. Los besos silenciosos y mojados. Se hace una pausa en la conversación. Y al borde del final de la entrevista, acude a la memoria, traido por estos seres entrañables que por mí están padeciendo, lo que dijera un día en Mérida, ante un ruedo de muchachas extremeñas: "Si el hombre es torrencialmente egoísta, la mujer representa la abnegación..."

Nos abrazamos de nuevo y mientras toman ellas camino a sus celdas, a mí, me arrancan materialmente de aquel lugar. Desde lejos, volviendo la cara, las despido por última vez. ¡Adiós hermanas mías! ¡Adiós madre mía! ¡Que el Señor se apiade de mí!

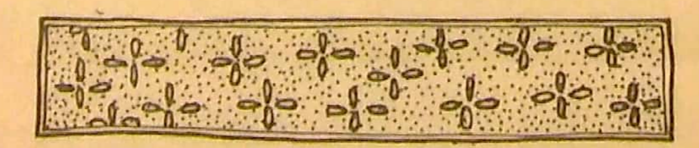
¡Ah,... si pudiera ahorrarles la culpa de la sangre!. He rogado al juez, que ordene lavar las losas que mi cuerpo salpique al desangrarse, para que se evite a Miguel la afrenta de caminar sobre ella (7).

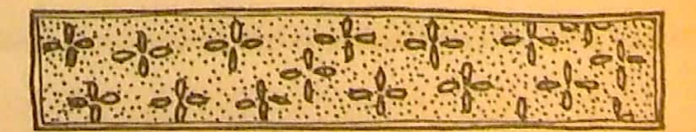
Como un hálito punzante, al salir, reverbera la luz en mis pupilas agudizando las fuentes del llanto... ¡Ay, Falange, mi Falange! ¡Saber que lejos creces, hasta hacerte estío y madurez de agosto, mientras yo muero entre rejas, lluvia de hierro en los ojos!...

Liberación

"Cuídate, le había advertido Raimundo, de que no seas el último defensor de tí mismo". No; no había reparado en el signo aciago de la prevención. Una humorada seria le dicta: " Voy a resultar el eterno enjuiciado, y lo peor es que tendré que pedir moratoria por no tener con qué pagarme las minutas".

Solía interrogarme por lo bajo,





por la huella que ha dejado en nuestra conciencia de occidentales herederos a la vez de la ética caballeresca y de la juridicidad romana— aquella norma según la cual la defensa de los inculpados no podía alegar como descargo delitos análogos cometidos por los vencedores? ¿Qué significa la condena pronunciada contra quien ordenó la pulverización de Coventry por quien ordenó el bombardeo de fósforo de Hamburgo? ¿O acaso el futuro nos depara una serie de procesos en cada uno de los países vencedores contra sus propios nacionales culpables de tales "crímenes" y de los que hasta el presente no se tiene noticia?

Porque si la conciencia jurídica de Occidente —de la que los angloamericanos han sido siempre a la vez mandatarios y poderdantes— se ha agudizado hasta el punto de exigir el castigo de tales "crímenes", ciertamente no ha de quedar satisfecha con una represión tan celosa del castigo de los delincuentes del país vencido y tan olvidadiza de los delincuentes de los países vencedores.

Y si pasamos ahora a las garantías más elementales de imparcialidad —la no enemistad, la ausencia de intereses encontrados— que la tradición jurídica universal ha exigido siempre de juzgadores y aún de testigos ¿qué podemos encontrar?

acuciado por la preocupación que le obsedía: "¿Habrá encontrado al fin la paz consigo mismo el desdichado de Fernando?..." Cuántremendo se había tornado su desasosiego desde aquel 23 de agosto en que asesinaron a su preferido, en el patio de la cárcel Modelo. En vano procuró agenciarse de datos que le permitieran persuadirse de la salvación de su hermano... Era como una realización invisible. Era un presentimiento de no sé qué dolor soterrado... ¿Pilar?... ¿Fernando? ¿Fernando?... ¡Y la voz!... ¿De quién era la voz que conozco tan bien y amo tanto? De... Fernando...

Llegó a confiarme: "el aletazo de la telepatía me tiene herido". Otras veces, mientras restregaba los párpados con los puños, preguntaba con pesadumbre: "...¿es que el presentimiento quiere burlarse de mí como los niños perversos del pájaro ciego con el cordel en la pata?"... y así hasta que aquel día...

—El pan que me han traído esta mañana estaba agrio...

—¿Quieres creerme— me dijo a eso de las cinco—, que empiezo a sentir la atracción de la otra vida?...

—Es probable que haga este último viaje en compañía de secuaces— le avisó uno de los guardianes.

Sobre la marcha rogó él a su vez:

—¿Tendréis entonces inconveniente en inyectarme una porción de cafeína?

Nada me emocionó tanto que el verle besar con devoción, a escondidas, un mapa de España.

Se acercaba la hora, y José sólo comentó así: "Estamos dando las últimas bordadas". En ese instante, Miguel atravesó el umbral y se arrojó, convulso, en brazos de su hermano. José le besó ambas mejillas; tratando de serenarse le requirió afectuoso: "Help me to die bravely" (ayúdame a morir valientemente).

Ya estábamos esperando el piquete armado, cuando levantándose, sacó del bolsillo de la americana un cepillo y se limpió. Y a nosotros, que le mirábamos atónitos, se limitó a decir con sencillez: "Hay que presentarse bien en todas las circunstancias".

Llegó al patio Quinto; allí le sorprendió encontrar alineados a cuatro jóvenes, que situados frente al piquete, sólo aguardaban su presencia para hacerle guardia de honor en la partida.

La camisa azul que le cedieron estaba destrozada y teñida de sangre a la altura del pecho; quisieron trocársela por otra nueva, más él, lo atajó diciendo: "Mejor así con ésta, porque con ésta sufriré menos".

Los testigos también aguardan en el Quinto recuadro. ¡Están todos ya! El fiscal, Gil Tirado se acerca presuroso. "¡Para cuándo...!"; pero cuando enfrenta al reo, empalidece y calla. ¡El también se lleva su secreto! Sabemos que al atardecer de la víspera, han desfilado manifestaciones nutridas de mujeres con sus niños, y ancianos, rogando por la salvación del hombre. "¿Qué decían?", inquiere el fiscal. "No me tomé el trabajo de escuchar sus letanías —responde una voz del grupo— porque no me interesaron; aunque pude leer la leyenda de uno de los cartelones que llevaban al frente, y que todavía no he logrado descifrar en su real significado: Es necesario que un hombre no muera por todo un pueblo... Eso decían".

Marcaban las agujas las seis y veintiséis de la amanecida; la hora verdigris de las sentencias consumadas.

Una lengua en cada herida de César

Sólo mantenía animadas sus pupilas claro azul, y el rictus en el frunce de sus labios —algo más saliente el borde superior— impregnando al gesto decisión suprema; indiferenciábanse las profundas entradas del cuero cabelludo en la testa rapada a raíz; se le notaban las primeras escamas ceniza en los aladares y las ojeras sombreadas por la vigilia, penumbrosas, y apenas contrastadas por el azul vivísimo de su mirada (8).

En el instante de partir vestía una casaca de pana sobre el yersey azul obscuro, alpargatas de fane,a conservando, según acostumbraba, la cabeza destocada. Echóse sobre los hombros el abrigo inglés y se alejó con pasos rápidos rumbo al patio del sacrificio.

Brevemente departió con los hombres del piquete.

—¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera? ¿Quién ha podido deciros que soy vuestro adversario?... Quien os lo haya dicho no tiene razón para afirmarlo. Mi sueño es el de la patria, el pan y la justicia para todos los españoles, pero preferentemente para los que no pueden congraciarse con la patria, porque carecen de pan y de justicia. Cuando se va a morir no se miente, y yo os digo, antes de que me rompáis el pecho, que no he sido nunca vuestro enemigo. ¿Por qué váis a querer que yo muera?... (9).

Los milicianos le escuchaban en silencio. Las palabras del reo se les metían dentro y se miraban unos a otros, tratando de resolver una incertidumbre. José difirió la acuidad de la muerte y se prosternó ante el Destino.

—¡Cumplid con vuestro deber!

Fué hasta el sitio marcado. Se colocó en el extremo de la izquierda del grupo de condenados, un poco apartado de ellos. Se despojó de la gabardina arrojándosela a un miliciano que se la solicitaba, quien la barajó en el aire. "Es verdad, convino sombrío; en el otro mundo no hace frío". Apenas pálido agregó: "Apuntad bien, porque os van a hacer falta pronto todas las municiones..."

Dicho lo cual, se cruzó de brazos y adelantó ligeramente el pie izquierdo para esperar la muerte. "¡Listos!" Ya abroquelaban los fusiles su vida. El teniente de Asalto que mandaba el piquete, González, ordenó entonces: "¡Apunten", al tiempo que una precipitada descarga arrebató a José Antonio su grito de: "¡Arriba...!" y el gesto, apenas esbozado de su palma se plegó aprehendiendo el aire.

Como a la media hora partió desde la Alcaidía, a todo escape, una furgoneta. "¡Al cementerio!", indicó el responsable. Por entre la ranura de la compuerta del vehículo sobresalía la mano de uno de los ajusticiados. Una herida almagrada, del tamaño de una avellana, ojalaba su palma...

Los hombres del pelotón daban muestras de impaciencia ante los engorrosos procedimientos que tenían lugar en el peristilo.

—¿Será necesario firmar el acta judicial? —preguntó quien los dirigía.

—Esa es la orden.

(Estaban los cadáveres despojados hasta de las alpargatas. Las testas rapadas y como enfundados en sacones o blusas de gabardina gris clara, que ostentaban las manchas embreadas de los cuajerones).

Entre cuatro hombres bajaron su cuerpo y lo tendieron en la mesa recubierta de zinc. El conserje se persignó a hurtadillas; le tomó firme de las muñecas y exclamó, vacilante:

—¡Es raro!... ¡el cuerpo permanece aun caliente!

....

Todos huyeron despavoridos.

---

(1) Emilio Valldecabres el auditor del Ministerio de la Guerra, informó en el sentido de que la sentencia estaba bien aplicada. El informe de dicho asesor jurídico es de fecha 19 de noviembre. Aquel mismo día debió cursar el Gobierno el telegrama con su "enterado". En el documento consta: "Al presidente del Tribunal Especial de Alicante: A los efectos decreto 2 de junio de 1931, el Gobierno enterado, etc."

(2) Relato de Carmen Primo de Rivera, según la versión de Jacinto Miquelarena.

(3) Carta a Carmen Werner, fechada en la prisión provincial de Alicante, el 19-XI-1936. En otro párrafo se lee: "Tengo sobre la mesa, como última compañía, la Biblia que tuviste el acierto de mandarme a la cárcel de Madrid. De ella leo trozos de los Evangelios, en éstas quizás últimas horas de mi vida".

(4) Carta de José Antonio a su tío Antón Sáenz de Heredia, fecha y lugar antecit.

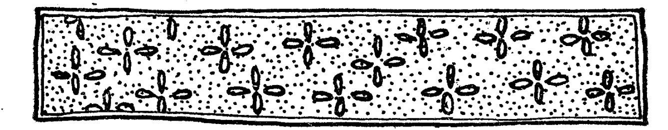
(5) Carta a Luis de Urquijo marqués de Bolarque, fecha el 2-VII-1936.

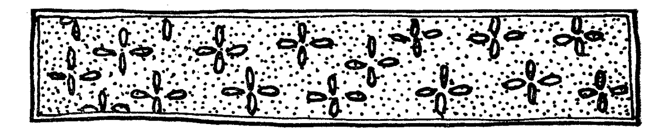
(6) Relato de Margarita Larios de Primo de Rivera.

(7) Cfr. declaraciones del juez Enjuto, fechadas en Toulouse, el 13-VII-1938.

(8) Del cotejo atento entre los relatos de Miguel recogidos, respectivamente por Jacinto Miquelarena y Alfredo R. Antigüedad, se desprenden contradicciones notables.

(9) Cfr. Julián Zugazagoitia: "Historia de la guerra civil", p 247 y sgs. Hemos tenido en particular cuenta, además las respuestas que a nuestro "Cuestionario" proporcionara Diego Martínez Barrio. Méjico 1942. Detalles póstumos de interés figuran en el art. "El Ausente" de Enrique Ferré, publicado en "La Gaceta de Alicante", el 20-XI-1939.





¿Para qué seguir con la farsa? Sin orden jurídico, sin uniformidad en la aplicación de la norma, sin imparcialidad posible en el que juzga no existe la menor aproximación a la justicia.

Cuenten en buena hora las Naciones Unidas con la sed de venganza de sus nacionales y de todas las izquierdas del mundo cuyas posibilidades de poder fueron jaqueadas durante diez años por la expansión nazi. Satisfagan en buena hora esos instintos ya que pueden y les conviene hacerlo —no el derecho, no la política, sólo el honor se los impide— ¿qué tiene que ver la justicia en todo esto?

El occidental de raza supo siempre enfrentarse con lo bueno y lo malo de la naturaleza humana ajena y propia, pugnó por lo más alto pero descontaba la existencia de lo más bajo y no comprometía lo uno en función de lo otro.

Ha debido llegarse a la política de masas para que la confusión de instintos primarios y aspiraciones espirituales se erigiera en condición de toda posible acción política, pero la magnificación de la hipocresía hasta el nivel alcanzado en Nuremberg constituye, por todo lo que connota y lo que para el futuro presagia, el más trascendental acontecimiento de los últimos años.

BALCÓN.

R E S P U E S T A   A

Estimado Padre:

Su respuesta, tan amable aunque como todo lo suyo tan cortante, resulta, en resumen, singularmente evasiva. Mi carta invitaba a un debate a propósito del tema de la derecha. Porque Vd. escribió en el número 16 de BALCÓN un artículo que importaba en determinados aspectos retomar, para refutarlo, el desarrollo del planteo expuesto por mi parte en un trabajo cuyos originales, antes de su publicación, no sólo tuvo Vd. la deferencia de leer sino también la de sugerirme algunas modificaciones de detalle.

Por eso le manifesté en la carta publicada *"cierta perplejidad"* y por eso le hablé de una *"literal disidencia"*, es decir, de una disidencia referida, y en este sentido reducida, a la contradictoria *literalidad*, si cabe el neologismo, de nuestros respectivos textos; Vd. en forma superpuesta insertaba sus puntos de vista —y no importa para el caso que fueran ellos "tan antiguos como su existencia literaria"— en un recorrido, en un temario, en una problemática que en las páginas de la revista había yo previamente procurado desenvolver. Me remito a la lectura de cada cual como meridiana demostración. Cualquier lector, por distraído que lo supongamos, habría de advertir y señalar la discordancia textual.

Y sin embargo Vd., mi estimado Padre, si he de atenerme a su respuesta "no acierta a ver claro en este asunto"; por consiguiente, está a oscuras sobre nuestro desacuerdo al extremo de que todavía me invita a concretarlo. Pero, ello no obsta a que *"mi cierta perplejidad"* —este tímido eufemismo— de rebote en Vd. se convierta en *"asombro"*, en *"desconcierto"* y hasta en incipientes *"dudas sobre la identidad de su persona"*.

Declaro que, de no tener conciencia de la delimitada discreción de mi reclamo, me hubiese sentido culpable por suscitar tales impresiones. Como también me llegaría a molestar el hecho de que Vd. en su carta me deje rodeado de sugestivos interrogantes. Permítame entonces que respetuosamente —y en mérito a la confianza que me dispensa— le diga esto: pareciera que Vd. no realiza la posibilidad de que se formulen posiciones distintas a la suya en un plano opinable que para nada roza la cuestión dogmática; pareciera que no concibe Vd. que sea viable verificar una disidencia al margen de los problemas que sobre todo le preocupan.

No obstante, en las pocas líneas que le dirigí puse particular empeño en distinguir que se trataba de dilucidar criterios *"de sentido histórico y político"*, nunca de discrepar sobre *"el fondo fundamental"*. ¿Entonces, Padre Meinvielle, de qué se asombra y desconcierta Vd.? ¿Por qué no sitúa en su lugar concreto la enunciación de un parcial desacuerdo? ¿Qué tiene aquí que ver su tesonera polémica contra Maritain y sus amigos? ¿De dónde por implicancia me hallaría yo a tiro de una disputa sobre doctrina y directivas católicas? ¿Y cómo sospechar desconocida aquí lo que Vd. llama su posición de toda la vida?

Cerciórese, Padre, que nadie duda de la continuidad notoria de su posición. Más aún, no se discute su posición personal sino las connotaciones objetivas de la posición de derecha. Por otra parte, hasta ahora, su obra ha discernido la política bajo un valor arquetipo, bajo una consideración estelar. Y como un astrónomo estudia los movimientos de los cuerpos celestes en la eclipse, su labor señala la ocultación total o parcial de la sabiduría política, en el cosmos histórico, por pérdida de aquella luz que le es prestada. ¡Bueno fuera que en este campo de relativa abstracción y de segura doctrina se alteraran las tesis asumidas!

Pienso, pues, que cuando Vd. alude a su posición de toda la vida se refiere a las preocupaciones *metapolíticas* que han sellado con característica propia su insustituíble labor. Y no advierto por qué en la medida en que ellas planean arriba de la contingencia, histórica o dada, hayan de traerse a colación. No alcanzo a entender tampoco por qué *"las posiciones distintas que no opuestas"* señaladas en mi carta le sugieren un desencuentro mayor, mientras, por otro lado, en el terreno de los textos no alcanza Vd. a descubrir ninguna disparidad. Debo entonces conjeturar que su talento polémico se ha ingeniado para hacerme adelantar y dejarme después a merced de su peligrosa réplica.

Pues bien; no intentaré, para evitar repeticiones, una síntesis de mi planteo. La considero tanto más innecesaria cuanto que él no ha merecido de su parte la menor refutación. Acaso, porque formulo una consideración objetiva de lo que llamo *"el universal de la derecha"*, con sus compenetraciones de época, sus raíces históricas hundidas en el limus original de las nacionalidades y su soporte en la naturaleza de los vínculos políticos. En mi composición de lugar la derecha asume diversos estados o variedades a abstraer. Señalo tres: la derecha social, la derecha intelectual y la derecha política. Fijo en el primero el culto privado de propiedad y familia, las formas pulcras, pero a la vez el espíritu de burguesía, la alergia de los intereses creados, la actitud simplemente inhibida, la defensa del orden sin sentido de los intereses generales. Aquí, pues, *las derechas*, las fuerzas inertes, los resabios, la obra muerta que las contingencias al sucederse labran. Aquí además se polariza el *apoliticismo* de los estadios económicos liberales que tienden a suplantar el poder público por los poderes privados. En la derecha intelectual señalo los valores selectos de la personalidad que impone su tono al ambiente. Es en sus implicancias políticas una *reacción en el liberalismo* contra la revolución democrática, siempre en una línea de continuidad. Por último, la derecha política supera los guiones ideológicos, se despoja de todo accidente para asumir en su forma viva y en su acto puro la actitud política. Es la sublimación, *el trascendental de la derecha* por donde ella se equivale, mejor, se identifica, con la política como tal. Y así, a través del diálogo que a lo largo de la última historia entablan la izquierda y la derecha, admiro en la derecha la genialidad de la actitud política y en la izquierda compruebo la decantación en creencias sociales, en mitos, del racionalismo liberal.

De esta suerte las cualidades de la derecha pura son todas las que a la política pertenecen. Lejos, pues, de *retardar*, la actitud política de derecha o la actitud política a secas, se empeña en *reaccionar* ante los hechos como un "*pur sang*" —la imagen debe de ser spengleriana— salta sobre sucesivas vallas en la pista. La gran política, el gran político crean formas, *re-forman*, vaticinan la inmediata secuela de los hechos a los que nunca dejan en paz. Por eso es la suya una especie que se da mejor en tiempos de notables hechos como cuando en la tormenta acude cierta volátil fauna. Por eso también son tan raras, como los políticos y sus momentos, las plenas actitudes de derecha.

Naturalmente concluyo estableciendo que la derecha es un estilo insito a la vida de sociedad. Proclamo su imperio más seguro que cualquier ideología y propugno "una derecha de hoy, sabedora de su ser, capaz de repasarse, capaz de examen de conciencia, reconciliada con el pasado fundador, fiel a las leyes de la ortodoxia y de la sangre".

¿Qué dice Vd., en cambio, Padre Meinvielle? Por cierto que su artículo en alguna porción coincide, o se entiende, al menos en la trayectoria, con los míos. Así cuando al reconocer "las acertadas condiciones que encierra toda política de derecha" admite que el político de derecha "es fiel a los hechos y los observa a fin de imprimirles un ordenamiento adecuado. Profundamente realista, sabe apreciar el valor de la gran realidad que es la política en cuanto tal, de la política como distinta de la actividad privada y de la social". Acepta Vd. también que "la idea de la grandeza nacional dirige todas las preocupaciones del político de derecha". "De aquí que se demuestre reacio a las innovaciones sociales, máxime de los ideólogos revolucionarios y que evite la aceleración de todo proceso de igualación social". (Cf. su capítulo *"Los grandes aciertos de una política de derecha"* y los míos en *"Con mi generación y la Derecha"* y *"Más sobre la derecha"*). Y bajo tales premisas reconoce Vd. que "las principales condiciones de una política de derecha nada tienen de reprensibles y no encierran sino los valores naturales que ha de cul-

LA ORACION DE EVA

Mujer futura, hija y madre mía,
que el indecible horror de mi pecado
que el monstruoso desorden que he causado
habrás de reparar, Mujer que un día

El Dios tremendo que no conocía
y que a muerte y rigor me ha condenado
atraerás a tu vientre sagrado
con este nombre que nos extasía
a las madres, oh hija y madre mía,

Dile a tu Hijo, en quien tu ser ya existe,
dile que la Mujer es necesaria
de nuestro seno El mismo necesita

Para entender al hombre, niño triste,
en nombre tuyo a la Causa Infinita
yo se lo digo ya, la Madre Paria
désta en mi inmensa Humanidad Marchita.

JERÓNIMO DEL REY.

(De "El Libro de las Oraciones")

UNA RESPUESTA

tener toda política verdaderamente humana". Luego insiste Vd. en destacar "los innegables valores de la política de derecha", "su sentido de la adecuación a los hechos y del valor de la comunidad nacional y de la proyección ad extra de toda auténtica política" que "al fin de cuentas son valores de la política como tal". (Cf. con mi capítulo "*Revelación de la Derecha*" y nota en "*Más sobre la Derecha*" y "*Marcha Agonal*" en "*Con mi generación y la Derecha*"). Lo que es, en verdad, mucho conceder, mejor dicho, concederlo todo.

También coincide Vd. con mi descripción de la derecha en tanto tesitura pasiva. Vd. la califica de "política de *recul*". Y yo la llamo "un *anti*", "mejor que una posición una oposición; de ahí su íntima debilidad que el paralelo con la izquierda nos descubre" (Cf. *Sentidos de Derecha* en "*Con mi generación y la Derecha*"). Pero —y empiezan ya las disidencias— mientras yo circunscribía este juicio a la derecha social, Vd. lo extiende a la pura política de derecha.

He aquí nuestra disidencia literal. Escuche Padre: Vd. afirma que la política pura de derecha es insuficiente y por mi parte yo asevero lo contrario, puesto que identifico actitud política de *derecha* con la *política*, como, por lo demás ha accedido Vd. ampliamente al reconocer que "los innegables valores de la política de derecha que al fin de cuentas son los valores de la política como tal deben ser mantenidos e integrados en una política católica". Lo curioso es que alegue Vd. al mismo tiempo que "la política pura de derecha ha terminado" y que en su carta, glosando una frase del discurso del General Franco, vuelva sobre lo mismo al no otorgarle a la pura política de derecha "condiciones curativas" y "ni siquiera posibilidades de actuación". Pues siendo así, ¿por qué deben ser *mantenidos los valores o las condiciones* de la política de derecha? Y puesto que la pura política de derecha *asume los valores de la política como tal*, ¿querrá decir Vd. que la política misma ha terminado por no tener ya "posibilidades de actuación"? Este punto me resulta un punto suspensivo.

No quiero subrayar la cita del discurso del General Franco que acaso sea lo menos original de tan notable pieza. En efecto, aquello "del viejo concepto de derechas e izquierdas", es un adagio de los años triunfales del fascismo. Precisamente si algo me ha movido a excursionar sobre el tema de la derecha es la actualísima comprobación de que la síntesis que el fascismo intentó se ha disociado, de hecho, en sus elementos prístinos. Y he creído reconocer en la fase política del fascismo un *arbitrio de derecha* por el que se sinceró con la realidad contemporánea del Estado.

Pero volvamos a la suficiencia o insuficiencia de la política de derecha. Desde luego yo no sostengo la *aseidad* de la política. Desde luego, la política, toda política, es insuficiente para una ordenación íntegra del hombre. ¿Cómo podría negar semejante verdad elemental? Pero no porque sea de derecha como Vd. afirma sino por ser sólo política. De modo, pues, que, donde Vd. escribe "insuficiencia de la derecha" debe leerse a mi entender "insuficiencia de la política". Todas las razones indiscutibles con que Vd. abona la insuficiencia política de la derecha a la que, conste una vez más, Vd. otorga los valores de la política como tal, prueban la no *aseidad* de la política misma. Por eso, a título de consulta, le pregunto: ¿qué entiende Vd. por política católica y por Estado católico? ¿una política que responda a sus atributos temporales de bien común no es de suyo católica así como la catolicidad en su sobrenatural misterio abarca al mundo entero? ¿Es que hay política o Estado que tenga derecho a atribuirse la formalidad católica? ¿el Estado y la política están inmediatamente enderezados a la salvación? ¿No les incumbe, acaso, lo temporal y en lo temporal presente realizar la grandeza de la Nación? ¿Cuál podría ser la definición de la política o el Estado católicos que los diferenciara específicamente de la política o del Estado propios al bien común? ¿No supone esto mezclar en problemas temporales valores sobrenaturales?

Y si se trata de una solución temporal que Vd. —hoy por hoy— ejemplifica en el régimen del General Franco y parcialmente en el de Oliveira Salazar, perdóneme que le exprese entonces que juzgo impolítico su aserto. Por definición impolítico no siendo prudente por no ser posible.

Cuantas tendencias políticas se han ensayado bajo rótulos católicos, sólo sirvieron para perturbar fórmulas más directas y concluyeron en lamentables fracasos. Bien sé que no propicia Vd. partidos confesionales, pero tampoco advierto qué posibilidad tenga la instauración de un orden total si se prescinde de un orden de jerarquía política. Los mismos gobiernos señalados por Vd. son ejemplos de posiciones de derecha ajenas en su origen y fines a "la prevalencia del hombre masa", del *common man*" del que Vd. me habla en su carta. Por eso manifiesto otra vez *cierta perplejidad* por tales conceptos de su carta que a la clase dirigente y al hombre masa atañen. En primer lugar no capto como se metamorfosea el hombre masa en clase dirigente o sea se canjean tipos que de suyo andan reñidos. Luego reputo un tanto estereotipado el cuadro de esa clase dirigente de su carta: "privilegiada", de "conservatismo de privilegio" que "desdeña la multitud y no ve con buenos ojos los programas de justicia social". Esto claro, no sería entonces clase dirigente, sería ¡ay! la oligarquía de la que nos han hablado tanto. En fin, para disiparle cualquier duda sobre mis opiniones le recuerdo que casualmente tengo publicado un ensayo acerca de "La clase dirigente y la crisis del régimen". (Colección "Ad Sum", 1941). En él no encontrará Vd. sustentada la tendencia que referida al país se ha dado en llamar conservadora.

Pero sobre el tema de las masas y sobre el papel de la clase dirigente, nada me parece más lúcido y tan logrado como lo expuesto en artículos de "Nuestro tiempo" cuyo autor es el P. Meinvielle. "Aun hay tiempo, —escribe Vd. en el número del 8 de septiembre de 1944. "Convivencia política", se llama el artículo— para acertar en el camino. Por de pronto, robustecerse en la convicción que la salida, por el lado electoral no ofrece sino una alternativa inexorable conocida: o se procede de buena fe en elecciones limpias y triunfa *la morralla popular que hundirá al país definitivamente*, o se procede de mala ley perpetuando la ruta bochornosa del fraude, cosa harto intolerable para la conciencia cívica, sensiblemente despierta".

Y en el Nº 14 de la misma revista, en el artículo sobre "Normalidad política" precisa Vd.: "*Un equilibrio de orden en la libertad no es posible en un movimiento de masas*". Y añade sagazmente: "El sentido exacto de estos fenómenos de las reacciones de las muchedumbres es importantísimo para que los que tienen en sus manos el poder político o pueden influir sobre él o pueden orientar la opinión, no se dejen seducir por el mito del número que conducirá a desastrosos errores. Y luego: "Sólo *el político auténtico* puede interpretar en el plano mismo del gobierno *la realidad total* de la comunidad argentina y asegurarle a ésta su normalidad. Esto ha de producirse cuando los que tengan en sus manos la fuerza del poder... etc., requieran la colaboración de *un grupo homogéneo* de personas respetables que ofrezcan garantía respecto de los valores permanentes de la nacionalidad y quieran gobernar firme y serenamente. Entonces entrará el país en la normalidad de la que nadie tendrá que preguntarse cómo ni cuándo salir". (Los subrayados me pertenecen).

Huelga señalar que ha traducido Vd., con claridad peculiar, en términos directos y como programa a cumplir en el país, la posición de derecha. Este es entonces el camino del "examen de síntesis o conciliación". ¿Pero no será esto lo que en tan breve transcurso se ha vuelto insuficiente?

Para terminar permítame asegurarle, ya que Vd. me lo pregunta expresamente que, *no defiendo ninguna solución del mundo*. Pues me he dicho que tan descomunal materia está en las providenciales manos de Dios.

Le ruego Padre Meinvielle acepte el homenaje de mi respetuosa admiración.

Suyo en Cristo.
Marcelo Sánchez Sorondo.

S O N E T O

Misteriosa ventura te desposa,
Perseguidos de holgada cacería,
Que cambias, en crucero de alegría,
La presa consabida de la prosa,

Por la sorpresa azul de la poesía;
La voz, por la experiencia silenciosa,
Y el renacer constante de la rosa,
Por la instantánea ley del mediodía.

Fatiga por tu mano —compañera
Con el arco de luna perfilada
Y una fragante flecha primavera—

Pero tu frente en flores renovada,
Para la amada, que cantando espera
Desde la primavera enamorada.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI.

SOBRE UN LIBRO DE VON VEXKÜLL

El sabio biólogo alemán barón von Vexküll es uno de los tantos hombres de ciencia modernos que se alejan del materialismo y de las teorías de Darwin y logran reconquistar para su disciplina lo vital y aún lo espiritual. Pero von Vexküll hace ese camino bajo la influencia kantiana. Su obra "Cartas biológicas a una dama", dirigida a su esposa, condesa de Schwerin-Schwerinsburg, y que ha sido editada en castellano, poco ha, por la Revista de Occidente, muestra —como él mismo no lo oculta— aquella influencia del filósofo de Koenigsberg.

Nos proponemos hacer notar lo que nos parece una fundamental contradicción en el método de dicha obra, sin dejar por ello de reconocer los grandes valores que encierra. Von Vexküll va, si se quiere, más allá de Kant. No hace, solamente, producto de nuestra subjetividad —que objetiva lo que de sí misma saca— las nociones de espacio y tiempo, sino el propio contenido cualitativo de las sensaciones. Pero mientras que Kant llega a su fenomenismo criticista por medio de la famosa "deducción trascendental" que se basa en un análisis racional de nuestro conocer, von Vexküll se funda, para arribar a sus conclusiones semi-subjetivistas —pues no niega un mundo exterior cuya influencia determina la actividad de nuestros sentidos— en un estudio del cuerpo humano, sus órganos y funciones, y en un adjudicar exclusivamente al espíritu todo aquello que no parece poder provenir de un mundo en cuya concepción, secretamente, influye el mecanicismo contra el que nuestro biólogo pretende reaccionar.

En ese proceder encontramos la falla del método de von Vexküll. Porque si son subjetivos las sensaciones, el espacio y el tiempo ¿qué queda de nuestro cuerpo? No podemos conocer científicamente a éste sino por observación externa, como a cualquier cuerpo de la naturaleza, pero ¿qué sería él, qué serían sus órganos —y para qué serviría su estudio empírico— si las sensaciones, el espacio y el tiempo fueran subjetivos, ya que el cuerpo, precisamente, aparece como una organización cualitativa extendida espacialmente y cuyo devenir y funciones se dan en el tiempo? Si sensaciones, espacio y tiempo son subjetivos o al menos fenoménicos, también el conocimiento del cuerpo humano, sus órganos y funciones será un "conocimiento" meramente subjetivo o fenoménico; pero entonces ¿cómo fundarnos en el análisis de su estructura empírica —olvidando lo dicho y considerándola ahora como real y objetiva— para *hallar las condiciones reales y objetivas* que determinan la subjetividad (o la objetividad meramente fenoménica) de nuestro conocimiento? Si se quiere basar en el estudio de nuestro cuerpo una teoría del conocimiento sensible no se puede sin contradicción sostener —o terminar sosteniendo, como resultado de ese estudio— la subjetividad o mera apariencialidad de los objetos de nuestro conocer, pues es ese mismo conocer el que nos permite estudiar el cuerpo humano, sus órganos y funciones. Una de dos: o nuestro conocimiento sensible llega directa y adecuadamente a lo real y entonces sí podemos basarnos en la estructura del cuerpo humano para determinar el proceso externo del conocer sensible, o no llega, pero entonces no podemos fundarnos, para sostenerlo, en un análisis del cuerpo (pues sólo estaríamos analizando los productos aparienciales de nuestra subjetividad).

Y no se diga que von Vexküll no basa su teoría sólo en un estudio del cuerpo y sus órganos, sino en una confrontación entre éste y lo subjetivo que solamente nos es conocido por introspección, porque si las sensaciones, el espacio y el tiempo son subjetivos, habría que suponer, para el análisis de los procesos reales y externos del cuerpo, un conocer que no incluyera ni sensación, ni espacio, ni tiempo. Pero como evidentemente no es así, no habría tal comfrontación entre lo "externo" y lo "interno", sino que todo sería interno, subjetivo.

Von Vexküll, en su plano biológico, lo mismo que Kant en el criteriológico pertenecen a esa categoría de pensadores que, después de haber asentado que *no conocemos nada* sin modificarlo, ordenarlo, organizarlo, pretenden llegar a *conocer* (!) los procesos y elementos *previos* a esa modificación, ordenación u organización (y que en cuanto *previos* no debían por definición, ser todavía conocidos ni cognosibles!). Así, Kant, a pesar de sostener que todo juicio consiste en aplicar una *categoría del entendimiento* a un *fenómeno* (= dato + formas de la sensibilidad) constituyendo de ees modo el *objeto fenoménico*, que es el objeto de experiencia, a la vez sensible e intelectual, y aquello que conocemos, no hesita en estudiar los caracteres de los elementos previos a la formación del objeto fenoménico. Pero entonces cabe preguntarse si, al emitir Kant juicios sobre los datos sensibles por ejemplo, antes de la información —para decir, verbigracia, que son "individuales y contingentes"— no está, sin embargo, informándolos mediante las categorías, ya que pronuncia juicios sobre ellos. Si todo juicio crea un objeto, no es posible conocer lo previo al objeto, pues emitir un juicio sobre ello sería hacerlo objeto. Análogamente, von Vexküll, desde su punto de vista biológico, no obstante afirmar que todos nuestros medios de conocimiento no nos permiten salir del recinto de nuestro espíritu (y en realidad es así, pero nuestro espíritu es capaz de recibir objetivamente las formas, hacerse otro en cuanto otro; mas esto no lo sabe von Vexküll) pretende *conocer* los procesos del mundo exterior y del cuerpo *previos* a esa actividad espiritual.

Lo que podríamos llamar segunda parte del libro a que nos referimos contiene hermosos estudios sobre el origen de los seres vivos, la especie, la familia, la coordinación y aún llega a hacerlos extensivos al Estado y al Espíritu. Pero estos estudios de tipo vitalista, que están pidiendo a gritos una concepción aristotélica de la naturaleza, desmerecen sin embargo si no olvidamos de confrontarlos —lo que pareciera olvidar, a veces, el autor— con las previas teorías cognoscitivas a que hemos hecho alusión. Porque si lo sensible, lo extenso y lo temporal resultan de un puro producir de nuestra subjetividad, esos seres cuyo origen, especie, familia y maravillosa coordinación estudiamos, ¿qué vendrían, al fin y al cabo, a ser sino meras creaciones de nuestro yo, que interpreta *según su organización "a priori"* un hipotético mundo exterior cuyas reales características desconocemos? Estudiar la abeja, la flor y su mutua adaptación ¿sería otra cosa que estudiar meras fantasmagorías de nuestro espíritu, sin real subsistencia?

Por eso consideramos justificadas las observaciones que a "Cartas biológicas a una dama" hemos hecho; pero no por ello dejamos de reconocer los graves problemas que plantea el conocer sensible, ni creemos que baste proclamarse aristotélico para que se puedan despreciar esos problemas. Porque si bien conduce a absurdos racionales el sostener la subjetividad de dicho conocimiento, también es verdad que nuestros sentidos responden siempre con su peculiar tipo de *sensación* (luz, color, etc.) a *cualquier* excitante capaz de influir sobre los nervios respectivos. Quede este problema para los entendidos.

JUAN A. CASAUBÓN.

L A V I D A

FIN, CAMINO Y REALIZACION

Para la consecución exacta del objeto de este breve ensayo, cual es el de generalizar un tema vulgarmente encarado como exclusivamente doméstico, resulta para quien escribe un grave riesgo el tener que prescindir continuamente de interesantes consideraciones, un tanto al margen, para ceñirse severamente al motivo central del asunto. Es que la falta de frecuencia coloca al autor, en el trance de querer expresar de un solo golpe, todas las inquietudes y reflexiones que contiene su mente privada de desahogos.

Bueno será entonces prevenir al lector a fin de que por él mismo, busque el hilo de las aseveraciones que le interesen o le sirvan para su caso particular.

Esta es la modesta intención de las presentes líneas a las cuales se procurará darles la máxima diafanidad posible para que resulte algo más que una teorización inútil, cuando la trascendencia del asunto exige la necesidad de tener provecho directo.

I

Como primer paso y yendo al encuentro del objetivo hablemos de la vida, haciendo la expresa salvedad de que si se piensa en que ésta ha de dividirse en pública y privada como si no fuera posible la fundición de ambas en una sola, auténtica e inefable, entonces la que nos interesa será la íntima, la del espíritu, la que permanece siempre algo ajena a lo exterior, en una sola palabra: a la vida interna.

Pero si a los efectos de una mayor comprensión para el lector perseveráramos en la aceptación de una vida doble, caeríamos en la cuenta de que si en muchos individuos ese caso es frecuente, no es menos cierto que una y otra irrumpen entre sí, se molestan mutuamente y no pueden separarse por completo.

Vayamos más adelante para demostrar que la vida privada posee legítimo derecho de primar sobre la otra y que ésta a su vez no ha de ser sino un resultado de la primera.

He aquí que la personalidad como trasunto de la verdadera existencia debe forjarse sobre conceptos originales y vividos, con convicciones y experiencias propias.

"*Hay almas tan tenues y diminutas que sólo viven de las valoraciones colectivas y sociales aprehendidas y recibidas de fuera*", dice M. G. Morente en su "Ensayo sobre la vida privada".

Y cuando la fama —esa especie de superpersonalidad— de quienes todo lo obtienen "oficialmente", se apodera del individuo entonces "*la vida del hombre famoso deja de ser* SU *vida para convertirse en* UNA *vida*".

No nos importará desde luego esta "realización" sino la "otra" que menos aparente es sin embargo más genuina, ya que si creemos en el libre albedrío, la vida será un magnífico exponente de volición, salvadas las excepciones en que juega el concurso del azar o una determinada circunstancia.

Esa conjunción que dará como producto la formación de un auténtico "yo", se cumple por lo tanto en la soledad de su conciencia, cuando los factores externos no conspiran contra la búsqueda que tiene por fin el "encontrarse" a sí mismo, asunto del que nos ocuparemos más adelante con la detención que se merece.

Por lo tanto conservar "el silencio interior", que no es ni aislación, ni es soledad impuesta, sino conquistada, fecunda y plena, significará la etapa primordial por

la que se llegará a conocer el destino de la vida.

Cuando el hombre está integrando la muchedumbre se ignora; sólo cuando se aparta llega a conocerse, cuando es capaz de conservar en su cabeza un lugar donde el número no le tiranice.

Recordemos mentalmente a esta altura las agudas observaciones de "La Rebelión de las Masas" y dejemos nuevamente expreso que el buscarse a sí mismo no será un modo de resentimiento hacia la sociedad, ni menos aún, una manera de negarle el apoyo, sino el de "hallarse" para luego efectivamente darse en la cruzada de una conquista colectiva a los fines de generalizar esta experiencia particular.

II

Pero no iremos más adelante sin detenernos en la consideración del fin último del hombre, cosa que no sólo no es posible callar, sino sobre todo es menester dejar bien sentada. Puesto que la soledad —nada temible, ni angustiosa, repetimos— de la vida interior, es la que más directamente nos conduce al fin remoto y próximo de la existencia humana, que es su propia salvación, no ha estado demás, luego, que hayamos reflexionado sobre ella. Pero no diremos el absurdo de que convirtiendo a cada hombre en monje, vamos a resolver los problemas de la humanidad.

Es que la salvación tiene dos maneras de cumplirse —¿si no que sentido tendría el vocablo apostolado que ha hecho sacudir al mundo hace 20 siglos?— la primera, la que se realiza en la intimidad de la conciencia, y la segunda la que se traduce en la acción pública. Esta última, pues, sirve de enlace para el florecimiento de inquietudes en los otros hombres, ya que nadie en nuestra época comienza a pensar de la nada, sino que va escalando sobre la cultura, la posición desde la cual habrá de "repensar" todo lo que posee trascendencia vital en su existencia.

Esta plataforma que ha sido construída por la exteriorización del pensamiento humano, presta de este modo un servicio de incalculables beneficios y del cual es poco menos que imposible prescindir. Claro que como antes señalamos simboliza también el acecho perezoso de descansar sobre la erudición, en *recibir todo de fuera*, lo cual le quita a la vida una de sus mayores razones.

Lo mismo sería en el plano de la acción material, dejar de trabajar, porque los puentes y las casas ya han sido construídas, pero no sería posible dejar de sembrar pues, sin acabar por exterminarse; de idéntica forma que sin el ejercicio del pensamiento la muerte moral sería un hecho... y lo es en muchos casos.

Volviendo a la salvación del hombre convendremos en que de una armonía real entre "soledad" y "convivencia" habrá de emerger ese "sentido" que debe tener la vida, y sin el cual podrá haberse captado muy bien el fin último y los deberes para con la sociedad, pero difícilmente dará al individuo el alimento que necesita para cumplir ambas cosas.

Es que el sentido que se le dé a la vida está dependiendo estrechamente de lo que se ha dado en llamar el "*determinarse a dar un resultado*" (Charlote Bühler, "El curso de la vida como problema psicológico").

Aquí estriba el "quid" de todo problema que pueda suscitarse dentro de este tema, y al cual nos consagraremos en el siguiente párrafo.

III

Por lo visto ya vamos llegando al núcleo propuesto y veremos entonces que ese "resultado" que todos los hombres sin excepción buscan o han buscado debe antes que nada ser escogido, lo que implicará a más de un minucioso conocimiento de sí mismo, un juicio acertado en el descubrimiento de su verdadera vocación, más allá de la elección de medio material de subsistencia, o de estado civil.

Danse diversos matices de determinación por distintos grados de convicción y seguridad para definirse. Entretanto nadie ha escapado a la incógnita decisiva de su camino. Es preciso salir de la encrucijada.

La determinación individual se orienta atendiendo a dos razones de fuerza:

a) *Hacia resultados propuestos por el deseo;*

b) *Hacia otros cuya producción les parece objetivamente indicada como un designio de su vocación histórica.*

Entre estas dos causas se intercalan variadamente esos matices de que hablamos, sucediendo casos extremos en los que se llega a sacrificar la voluntad del "yo" o contrariamente, éste se agota en la búsqueda vana de sí mismo cuando pretende aislarse de las circunstancias, que si bien no deben de "vivirle a él", deben "ser vividas" por él mismo.

Y entre éstos absolutos veamos el término medio sintetizado así: "*Hacia lo que se debe por lo que se desea*", armonía perfecta en el momento crucial.

Existen desde ya, grados diversos de satisfacción, realización, satisfacción de las necesidades, cumplimiento de las tareas, etc., que están bien descriptos en el libro de Charlotte Bühler, pero que están en el trance de geometrizar la personalidad por medio de una psicología demasiado formal. Hemos arribado pues, a la altura más importante del tema y habiendo discurrido sobre el concepto de la "determinación a dar un resultado" pasaremos de lleno a la obtención concreta del mismo por medio del sentido que la vida tiene en la conjunción del fin último y el resultado próximo, puntos principales de la existencia eterna y terrena.

Sin embargo no seguiremos adelante, sin remarcar que el "resultado" que se procure debe estar en íntimo nexo con la conciencia que de la salvación se tenga y que por sobre todo nos ha de interesar en esa "realización humana" lo que de genuinamente individual posea, lo positivamente propio a la vida subjetiva.

IV

Estamos ya en el dominio de la vida como obra que el hombre construye sobre el soplo que Dios le da.

Hemos tomado conciencia de que antes que nada estamos viviendo, que la vida tiene un fin sobrenatural y que es preciso forjarse un camino de acuerdo a las condiciones propias.

De esto último colegiremos que es inútil creer que se vive si no se va trazando una senda propia en la cual se manifiesta la personalidad; de lo contrario tan sólo se vegeta.

Está en el aire de nuestra época un ansia incontenible por la vida en sí, cuando no se hace más que estar torciendo su auténtico desarrollo.

Tal estado de cosas es el que hace decir en un impetuoso y lógico arranque al escritor inglés D. H. Lawrence que: "*Nos hace falta una revolución, no en nombre del capital, ni del obrero, sino en nombre de la vida*"...

Pero esto es sólo una reacción literaria; vayamos adelante pues, al encuentro de los síntomas y a la búsqueda de los remedios a tal mal.

No nos entretengamos con esas consideraciones que más que aclarar nos van a oscurecer la perspectiva, y recordemos el proceso VIDA, FIN, CAMINO, *soledad*, *sentido*, *resultado* para hallar la solución propuesta.

Para recorrer el camino debe hacérselo con sentido, hacia un fin y en una espontánea soledad, lo demás es falso.

Ahora nos vamos a ensimismar en el medio de obtener el resultado, según el cual se va a ordenar la vida.

Hablando concretamente diremos que aparte de un verdadero conocimiento de sí mismo es necesario, prescindir de lo externo en cuanto atente contra "ese hallarse", por medio de la pereza, la comodidad, o los halagos fáciles; pues estos en lugar de acercarnos a la realidad, son velos que nos nublan la visión exacta de la misma.

Habiendo echado por la borda



todo óbice que impida "la determinación", es necesario ahora percibir el destino histórico de la época en que se vive.

Y de este darse a lo imperativo, cerrando las puertas a las pequeñas concesiones que intentan desviarnos de nuestro providencial sino; de esta perpetua lucha contra lo fácil, lo trivial, lo sensual, por medio de lo espontáneo, lo noble, nace el signo del auténtico logro de la vida.

Pero no es difícil incurrir en el común error de proponerse *a priori* el "resultado" a fuer de concreto cuando debe ser ideal y hasta irrealizable en sí mismo.

Mas existen otros dos riesgos que resultan de este razonamiento:

a) conformarse con medianías.

b) desengañarse con los imposibles.

Para que ellos se eviten, emplearemos una locución matemática, base del Cálculo Infinitesimal, esa expresión que indica el tender a infinito como sinónimo exacto de una disposición de espíritu que simbolice lo mismo.

El hombre puede aspirar *"sin desesperar"* a la perfección aunque jamás la va a lograr. El gran error está como dijimos antes en depositar sus desvelos en ilusiones irrisorias o por el contrario en no saber "tender a algo infinito" creyendo que de no hallarlo habrá fracasado y no ver que en ese mismo "tender" hay un resultado, que ese es su fin terreno.

Este problema a primera vista tan individual contiene no obstante prolongaciones que van a una generalización hecha con acierto, por el Padre Meinvielle en su último libro refiriéndose a la Cité Fraternelle que propicia M. Maritain.

Grave defecto de perspectiva el de querer encuadrar a la humanidad entera dentro de un cuadro hecho "a priori"; como si un joven encargase un traje para usarlo dentro de 20 años.

No sería tarea muy costosa el seguir exaltando facetas que este tema presenta en relación con sus múltiples adyacentes, pero el abuso de las mismas está reñido con el objetivo a esta altura si no satisfecho al menos intentado.

Por último estas palabras vayan dirigidas a los más jóvenes, para quienes el problema de la realización de "su" vida posee relieve especial y cuyas intrincadas incógnitas merecen toda la atención posible, a fin de que de ese hallarse individual trasciendа una verdadera realización de la vida colectiva, la que día a día se desvitaliza a causa de la débil base que le proporcionan las individualidades mediocres fracasadas y en general extravertidas por completo.

De un cierto ascetismo en la vida privada entonces, se conseguirá que ésta se realice y por ende que la sociedad pueda prescindir de la armazón artificial que la sostiene *malgré* la fragilidad del andamiaje en trance de derribarse sobre sí misma.

PATRICIO H. RANDLE.

BIBLIOGRAFIA

MARIO MARTÍNEZ CASAS. — *"Política y economía en la función bancaria"*. El servicio público en el régimen mixto. Edit. Banco de la Provincia de Córdoba. Córdoba, 1946, 87 pp.

Acaba de llegar a nuestras manos el folleto en que el Banco de la Provincia de Córdoba publica los principales discursos pronunciados, en actos oficiales de la Institución, por su ex-presidente don Mario Martínez Casas. La importancia de estos discursos se revela de inmediato a través de los temas tratados. Son en total ocho discursos referidos a cuatro problemas económicos fundamentales en la vida de la Institución: I. Consideraciones sobre la Economía y la Moral; II. Consideraciones sobre la Economía y el Derecho; III. Función del Banco Mixto en la economía de la Provincia (3 discursos); y IV. Organización y desarrollo del Banco Mixto (3 discursos).

La lectura confirma el interés que despiertan los enunciados, por el acierto con que el autor ha sabido interpretar problemas contemporáneos a la luz de principios eternos. Abundantes notas bibliográficas y aclaratorias, enriquecen el texto original y convierten las ocasionales piezas oratorias —ya de suyo valiosas— en ensayos de carácter permanente.

El primer tema aborda uno de los problemas fundamentales de la ciencia y de la vida económica, punto de arranque de multitud de discusiones y que la economía moderna no ha podido resolver todavía: las relaciones entre Economía y Moral. El autor se inclina por la tesis, defendida con singular brío en nuestra época por el extinto profesor Gino Arias, de que la Economía es una rama de la Política, ciencia moral, o para decirlo con sus palabras "una particular realización de la moral a través de la política" (p. 16 en nota). Aunque entendemos correspondería hacer aquí algunas precisiones —que por nuestra parte hemos señalado desde estas mismas columnas al tratar el tema Economía y Política— el contexto ilustra sobre el alcance de esta dependencia (v. p. 17 y nota 8) lo suficiente como para dispensar al autor, dada la índole del trabajo. Sólo nos desconcierta, junto a una magnífica cita de Arias acerca de la instrumentalidad de la riqueza, la mención del conjunto de ensayos publicados por Benjamín Cornejo bajo el título de "Moral y Economía", pues lejos de expresar la conformidad que le atribuye el autor con la tesis de Arias, que es en este caso la tesis tomista, el señor Cornejo resulta a través de sus ensayos, principalmente los dos primeros, no sólo un secuaz del liberalismo más rancio —lo que confiesa con "íntimo halago" en el prólogo de su obra, sino también un crítico —por cierto nada original— de las posiciones más fundamentadas del Prof. Arias (vid. p. 25, "Economía científica y economía normativa", donde el señor Cornejo repite todos los lugares comunes del cientificismo pragmático).

El segundo tema, desarrollado en el estilo sobrio y elegante de los auténticos juristas, establece la verdadera naturaleza de la Institución bancaria presidida entonces por el autor y señala que ésta es una entidad de derecho público, fundándose primero en los principios generales del *orden* económico, según los cuales "sería funesto que la economía mirara su propio objeto como un fin en sí mismo y no como un medio, limitado por la justicia para alcanzar los fines superiores de la sociedad y de la patria"; y luego, en las disposiciones de derecho positivo que regulan la existencia del Banco. No resulta convincente, sin embargo, la respuesta que se hace a propósito del carácter de empresa mixta que tiene la entidad, al argumento fundamental que opone Bielsa a esta clase de corporaciones.

El tercer tema da ocasión al autor para afirmar la primacía de la producción agropecuaria y el deber de las instituciones bancarias de orientar, mediante el crédito, las inversiones y consiguientemente, la producción. Se destaca así el verdadero carácter del crédito, al servicio del bien común y no de la especulación y la particular importancia que reviste en nuestro país, donde todavía quedan abiertas tantas posibilidades de desarrollo.

Finalmente, a través de los discursos pronunciados en dos asambleas de accionistas, se examina el incremento de la institución bancaria, para terminar con el discurso pronunciado al expirar el plazo legal de su mandato, destacando una vez más el verdadero carácter de la institución y la función de gobierno que ella tiene en la vida económica de la Provincia.

En síntesis, un excelente acopio de doctrina, y un conocimiento cabal de la realidad económica, expresados en digno estilo oratorio, en servicio eficaz de la patria.

H. B.

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

A los lectores amigos de Balcón

Les hacemos presente que, debido a que BALCÓN no dispone de entradas por concepto de propaganda comercial, ha de sostenerse exclusivamente con suscripciones de los lectores (trimestrales, semestrales y anuales) y con el aporte mensual de la generosidad de sus amigos. La venta callejera en kioskos tiene carácter de propaganda y deja un margen exigüo que no significa una ayuda efectiva. Les agradeceríamos a lectores y amigos nos sigan ayudando con suscripciones o aportes mensuales para asegurar la aparición del semanario.

LA ADMINISTRACIÓN.

